

Pascal Engel, *The Norm of Truth. An Introduction to the Philosophy of Logic*, (Toronto/Buffalo: University of Toronto Press, 1991), 380 pp.

Durante mucho tiempo se pensó que Francia estaba filosóficamente dormida y que, no sólo por ahora sino también en un futuro cercano, en ella sólo se podrían encontrar libros de existencialismo, marxismo, historia de la filosofía, etc., pero que la filosofía viva, esto es, la filosofía analítica (en todas sus variantes y modalidades) le era esencialmente extraña y no podría florecer. El libro de Pascal Engel, *The Norm of Truth*, constituye un bonito mentís a esta idea. Lo que aquí con toda claridad se pone de manifiesto es simplemente que los franceses, haciendo un esfuerzo serio por actualizarse, no sólo se hundieron en el mundo de la filosofía analítica, sino que (si en efecto el libro de Engel es sintomático de un proceso global) parecen estar ya en la etapa en la que se deja atrás la mera asimilación de ideas de otros y se pasa a la fase de su gestación y utilización que llevan ya un sello propio. El texto que se nos ofrece, sin contener propiamente hablando propuestas novedosas en las diferentes áreas de esa crucial e interesante rama de la filosofía que es la lógica filosófica y de las cuales se ocupa, revela una familiaridad con los escritos de Frege y de los grandes filósofos anglosajones del siglo XX y una asimilación de sus ideas que es, en el mejor sentido de la palabra, envidiable y que con mucho rebasa el nivel del *slogan*, la frase hecha o el lugar común. La verdad es que no tenemos en español un texto equivalente. Más aún: me atrevo a decir que difícilmente encontraríamos uno tan bueno en inglés. Ahora bien, esta sencilla afirmación en sí misma equivale, si no me equivoco, a recomendar con fuerza el texto en cuestión.

El libro de Engel se compone de 13 capítulos, agrupados en cuatro grandes partes. Las partes son: “Estructuras Elementales”, “Verdad y Significado”, “Los límites de la extensionalidad” y “El Dominio de la Lógica”. Cada capítulo se divide a su vez en varios subcapítulos, dotados cada uno de sendos títulos, con lo cual la temática abordada queda formalmente anunciada y nítidamente caracterizada o delineada. El libro consta, además, de una muy útil introducción, así como de un glosario, un índice analítico y una muy completa bibliografía. Dicho sea de paso, el libro es tan bueno, en su modalidad de libro de texto avanzado, que su lectura inevitablemente genera en el lector la agradable sensación de que los libros y artículos de la bibliografía le son al autor efectivamente conocidos y que no se trata de una mera compilación o lista de obras artificialmente construida con miras a completar, de manera independiente, un trabajo ya hecho. En otras palabras: el panorama que se nos pinta es el de un paisaje efectivamente recorrido por el autor. De ahí que, sea o no un pensador original, lo que sí es indiscutible es que Engel es un auténtico erudito. Por otra parte, antes de considerar brevemente algunos aspectos del libro, quisiera apuntar algo que me parece ser una de sus cualidades distintivas y que merece ser elogiado: la claridad de la exposición, la objetividad o

neutralidad de las reconstrucciones de las más diversas posiciones, el esfuerzo, coronado siempre por el éxito, por señalar en qué consiste el problema, qué tesis se han propuesto para resolverlo, qué ventajas presentan las posiciones examinadas y hasta dónde es racionalmente posible aceptarlas. Éste que es el esquema expositivo-argumentativo del libro lo convierte indefectiblemente en un libro amigo, un libro del cual estamos seguros que servirá a todo aquel que tenga la buena ocurrencia de acercarse a él y se tome la pena de leerlo.

En vista de que el objetivo del autor es, ante todo, el de hacer una presentación de las grandes tesis de lógica filosófica que han sido propuestas, en general más bien de cuño reciente (en general, éstas tienen su punto de partida en la obra de Frege, pues como el autor mismo dice en su introducción, “Our present use of the term ‘philosophical logic’ is mostly post-Fregean and post-Russellian” (p. 3)), Engel se ve obligado a cubrir en su libro un terreno muy amplio, una fauna asombrosamente variada de ideas y discusiones. En la medida en que la gran mayoría de las posiciones examinadas son, por así decirlo, de dominio público, no tiene mayor caso volver a enunciarlas o enumerarlas. Realmente lo atractivo del libro radica más bien en el grado, sorprendentemente alto, de claridad de formulación, en el debate franco y en el hecho de que por haber sido las tesis “digeridas”, éstas – aunque difíciles – son transmitidas de manera tal que sólo alguien por completo ajeno a la filosofía podría no comprenderlas, e inclusive eso es dudoso. En vista de su multiplicidad, elegiré un tema para ilustrar el estilo expositivo del autor, el modo como va embonando las ideas y luego aludiré rápidamente a unos cuantos temas de las diversas partes del libro, más que nada para hacer ver que la elección recae sobre temas de primera importancia y que su tratamiento es, efectivamente, paradigmático.

Uno de los capítulos más interesantes de la primera parte del libro es, sin duda alguna, el intitulado “Quantification and Ontology”. Se presentan, con pasmosa claridad, las dos grandes interpretaciones de la teoría de la cuantificación, esto es, la de la cuantificación objetival y la de la cuantificación sustitucional, algunos aspectos de la teoría de las descripciones, la teoría de la cuantificación de segundo orden y la relación entre la noción lógica de cuantificación y los lenguajes naturales. Engel presenta lo que él denomina la ‘tesis de Quine’, esto es, el punto de vista de que:

- 1) las variables de la cuantificación ocupan los lugares de los *nombres* del lenguaje, y
- 2) es en virtud de la existencia de *objetos* que satisfacen a las correspondientes oraciones abiertas y a los predicados que las oraciones cuantificadas son verdaderas.

Su primer objetivo es el de mostrar que, como bien dice Quine, las nociones de cuantificación, referencia, identidad, etc., están ligadas unas a otras de modo tal que se interdefinen, pero su segundo objetivo, en cambio, es el de convencernos de que esa posición, a pesar de estar poderosamente argumentada, no es tan inapelable como podría pensarse. Veamos rápidamente, primero, cómo reconstruye el autor la posición quineana.

La noción de referencia está tan obviamente ligada a la de nombre propio y ésta a su vez a la de variable de cuantificación que las conexiones en cuestión no requieren de mayor argumentación. Todo ello, empero, parece inducir a la conclusión de que los predicados no son ni pueden ser “cuantificables”. Se tiene, pues, que desechar la lógica de segundo orden, puesto que ello es precisamente lo que ésta permite hacer: cuantificar sobre otra cosa que variables que podríamos llamar ‘nominativas’. Desde la perspectiva de Quine, el cuantificador existencial sólo vale para objetos, es decir, para la referencia de los nombres o variables cuantificadas. Aquí se conjugan dos de los grandes *dicta* de Quine, *viz.*, “Ser es ser el valor de una variable” y “No hay entidad sin identidad”. Así, pues, sólo hay objetos y sólo los objetos son identificables. La teoría de las descripciones, sucintamente examinada por Engel, refuerza la posición quineana la cual, en su exposición, da la impresión de ser inatacable. Sin embargo, una vez reconstruida ésta, Engel se auto-encomienda la tarea de enfrentarse a ella. Lo que él aspira a demostrar es simplemente que “quantification into nominal position is compatible with a substitutional interpretation, since quantification into predicate position is not only possible, but also compatible with the substitutional interpretation of quantifiers” (p. 80). La pregunta obvia es: ¿logra nuestro autor su cometido?

Engel empieza por contrastar dos grandes teorías de la verdad, *viz.*, la de Tarski y la de Frege, relevantes ambas para la formulación de una teoría adecuada de la cuantificación. Para Tarski, como se sabe, “the truth conditions of quantified sentences are to be explained through the conditions of satisfaction of the *predicates*, or of the open sentences, which figure in them” (p. 81). Esta teoría es *prima facie* afín a la doctrina quineana de la cuantificación, esto es, la teoría objetival. En cambio, para Frege “the notion of a predicate being true of an object is derived from the notion of the truth of a sentence: a predicate is true of, or applies to an object if there is a true atomic sentence resulting from the substitution of a name of an object in the place occupied by a variable in a predicate” (p. 81). Engel empieza por reconocer que, aunque es cierto que en principio la teoría fregeana es más acorde a la concepción sustitucional de la cuantificación, de todos modos en sí misma no representa una amenaza real para las tesis quineanas. No obstante, también intenta hacer ver que algo que sí se puede hacer (como lo ha hecho, *e.g.*, Ruth Marcus) es desarrollar una interpretación plausible, de corte fregeano, de la lógica modal. Ahora bien, si una interpretación así resultara aceptable, entonces se estaría *eo ipso* demostrando que la teoría objetival de la cuantificación simplemente

no puede ser del todo correcta. “The basic idea consists, as in Frege, in interpreting existential sentences such as ‘ $(\exists x) Fx$ ’ as meaning ‘a substitutional instance of “ Fx ” is true’, and universal sentences such as ‘ $(\forall x) Fx$ ’ as meaning ‘all the substitutional instances of “ Fx ” are true’ (p. 82). O sea, Engel enfatiza que los defensores de la cuantificación sustitucional insisten en distinguir entre la discusión ontológica y el recurso notacional de sustitución. Esto, naturalmente, equivale al rechazo del primero de los *dicta* de Quine mencionado más arriba. Así, según ellos a lo único a lo que nos estaría comprometiendo la cuantificación sería, en el fondo, a la postulación de *nombres*. La teoría de la referencia ya no nos estaría forzando a adoptar una determinada concepción de la cuantificación.

Engel enfrenta la objeción de Quine, de acuerdo con la cual “all the objects in the domain considered as the range of values of a variable need not have a name” (p. 83), puesto que puede haber conjuntos infinitos de objetos y no dispondríamos de nombres para todos y cada uno de ellos. En casos así, una cuantificación universal que pudiera ser verdadera en la doctrina sustitucional podría resultar falsa en la doctrina objetival de la cuantificación. Para salvar el obstáculo representado por la objeción de Quine, el autor apela a Kripke para quien “if one considers the stock of names of a language L for which a concept of substitutional quantification is defined in advance, and if this class of names is extended through specific procedures, nothing prevents us from giving an adequate semantics for L , since objects that could be, so to say, anonymous, are not taken into account” (p. 83). La objeción de Quine no parece, pues, ser fatal. Engel señala, asimismo, que el problema de los nombres vacíos también recibe una respuesta satisfactoria por parte de Kripke. Así, paso a paso, Engel logra conducir al lector a la tesis que le es cara, esto es, que cualquier teoría de la verdad de tipo Tarski de hecho es compatible con la doctrina sustitucional de la cuantificación. Así, después de haber debatido el tema en detalle y con el grado de formalización requerido, Engel concluye, justificadamente en mi opinión, que su objetivo ha sido alcanzado, pues no era otro que el de mostrar que la teoría sustitucional de la cuantificación es *coherente* y por lo tanto que, contrariamente a lo sostenido por Quine, las variables cuantificadas no tienen por qué tener siempre un carácter referencial. El capítulo termina con una sugerente discusión acerca de las relaciones entre la notación canónica de la lógica y el lenguaje natural. Engel, con buen tino y exactitud, subraya las diferencias entre los distintos simbolismos y las diversas estrategias que se han propuesto para intentar elucidar sus respectivas nociones de cuantificación (Montague, Davidson, etc.). Un resultado interesante de Engel es que lo más apropiado es hablar de variedades de cuantificación. Esto sugiere algo que él no discute, pero que sería interesante investigar, a saber, la idea de que también el concepto de cuantificación es, en terminología wittgensteiniana, un concepto de semejanzas de familia.

La segunda parte del libro está dedicada a discutir, básicamente, las diversas teorías de la verdad que ya se han ofrecido (no todas, puesto que, *e.g.*, la pragmatista

no es estudiada) y los programas de D. Davidson y M. Dummett. Como es obvio, para poder comprender debidamente el programa de Davidson y, por ejemplo, la concepción de Dummett de lo que es una teoría del significado, es condición *sine qua non* conocer a fondo la teoría semántica de la verdad. De ahí que Engel ofrezca de esta última una reconstrucción admirablemente nítida. Se examina con todo cuidado la famosa “Convención T” y se presentan las diversas interpretaciones de dicha teoría: la interpretación (favorecida, *inter alia*, por Carnap, Ayer y Quine) para la cual “it becomes possible to talk about truth or falsity without subscribing to any metaphysics of truth” (p. 108), una segunda interpretación (también de orientación positivista) según la cual “through their languages all the sciences can be reduced to physics and to the physical language of the unity of science” (p. 108) y la tercera, la versión popperiana de la teoría de Tarski, de acuerdo con la cual “Tarski’s theory of truth is not neutral in relation to any substantial conception, but constitutes a version of the correspondence theory of truth, by giving such a theory a precise meaning” (p. 108). La discusión de Engel es minuciosa, técnica y llena de sutilezas. Se consideran también polémicas recientes de la teoría de Tarski, como por ejemplo la de Hartry Field. De igual manera, se pone a prueba el valor explicativo de la teoría confrontándola a las paradojas, en particular la del mentiroso, y metódicamente se extrae toda una serie de consecuencias interesantes concernientes al lenguaje natural. Por otra parte, la exposición del programa de Davidson y la discusión “realismo-anti-realismo” generada por Dummett es sencillamente magistral. Esta segunda parte es, probablemente, la mejor lograda de un libro que, a decir verdad, en todas sus partes es excelente. Contiene, además, una interesante discusión del intuicionismo y del principio de bivalencia (cuidadosamente distinguido del principio de no contradicción).

Particularmente útiles e instructivas son las secciones dedicadas a la noción de identidad. Se estudian detenidamente todas las propiedades (reflexividad, simetría, etc.) de todos los principios (indiscernibilidad de los idénticos, sustitutividad y demás) involucrados por el concepto de identidad. Se evalúan sus respectivos *statu* y hay una bien armada reconstrucción de la controversia “identidad absoluta vs. identidad relativa”. Los autores cuyas obras se examinan en este caso son, ante todo, Quine, Leibniz, Geach, Wiggins y Evans. Como en las otras partes del libro, antes de discutir la tesis que sea (*e.g.*, si la noción de identidad es primitiva o si se trata de una noción vaga), se exponen los problemas, se hacen las preguntas pertinentes, se hacen explícitas las dificultades. Las discusiones en torno a la identidad, por otra parte, vienen enmarcadas en discusiones previas concernientes a la forma lógica y las actitudes proposicionales, de manera que resalta la importancia de la noción en cuestión y resulta perfectamente comprensible el orden temático preferido por el autor.

La última parte del libro contiene una exposición espléndida de los problemas relacionados con la naturaleza y *status* de la lógica y, por lo tanto, versa sobre temas

tan decisivos como la idea de forma lógica y el ataque quineano a la noción de analiticidad, con todo lo que ello entrañó (la respuesta de Strawson y Grice, las tesis de Carnap acerca de los postulados de significación, etc.). De especial interés es la discusión referente al carácter de la necesidad lógica. Se estudian las posiciones realista-cognitivista y convencionalista, en sus dos grandes variantes, esto es, la versión moderada y la radical, es decir, la representada por el último Wittgenstein. Hay que decir que, a pesar de no ser la de un filósofo convencional más, la posición wittgensteiniana está excelentemente planteada o caracterizada. Engel nos recuerda que, para Wittgenstein, “the propositions of logic are *rules*, which do not correspond to any pre-existing universe of facts” (p. 260). El autor no pasa por alto el importante punto de vista de Wittgenstein que hace de las reglas “proposiciones gramaticales” y a la gramática autónoma, es decir, totalmente independiente de la realidad.

La posición de Wittgenstein se vuelve perfectamente inteligible cuando se enuncia su idea de que en lógica no hay distinciones, jerarquías o prioridades: “Wittgenstein seems to reject the distinction between primitive rules and derived rules. It follows that, every time we are dealing with a particular application of a logical rule within an inference, it is *this* very rule, and not a more primitive rule, that is responsible for our acceptance of a given proposition as true” (p. 261). El significado de los signos de las reglas sería, pues, una expresión directa de una convención lingüística. En relación con esto, lo único que faltó en la exposición de Engel fue añadir que la noción wittgensteiniana de convención es la de **concordancia** (*agreement*) y no la noción usual, propia de, digamos, los empiristas lógicos. Por último, Engel muestra cómo desde la perspectiva de dicha posición se resuelven las dos primeras de las tres paradojas, enunciadas previamente, a las que tiene que enfrentarse toda teoría de la necesidad lógica, *viz.*, la paradoja de Lewis Carroll y la de Stuart Mill (siendo la tercera la que Kripke le atribuye al mismo Wittgenstein en sus *Investigaciones Filosóficas*, esto es, la paradoja escéptica de las reglas). Engel da entonces expresión a algunas dudas interesantes, valiéndose para ello de trabajos de C. Wright y, naturalmente, del importante libro de Kripke sobre Wittgenstein. Independientemente de que coincidamos completamente o no con los análisis de Engel, lo cierto es que acertadamente infiere que Wittgenstein es imposible de clasificar por medio de las categorías tradicionales. Ahora bien, para alguien que escribe un libro en el que no se hace otra cosa que recopilar posiciones filosóficas “convencionales”, el que se haya podido integrar en él el pensamiento de Wittgenstein sin distorsionarlo es una prueba palpable de que el manejo de los temas, problemas y tesis es realmente de óptima calidad.

El libro tiene capítulos dominados por posiciones clásicas, asociadas con o representadas por filósofos concretos. Por ejemplo, en el caso del capítulo consagrado a las diversas concepciones de las proposiciones, después de algunas aclaraciones concernientes al significado de ‘proposición’, Engel detecta y

circunscribe con precisión algunos de los muchos problemas filosóficos involucrados y pasa en revista las teorías de Frege, Church, el *Tractatus*, Strawson, Geach y Quine (no estará de más decir que la filosofía de este último permea el todo del libro, lo cual da una idea de la calidad del texto). Empero, en otros casos el enfoque y el tratamiento son más bien temáticos o problemáticos, como cuando, por ejemplo, el autor encara los problemas a los que dan lugar las conectivas lógicas. Se examinan entonces las definiciones de carácter semántico y sintáctico de las conectivas, su papel en el lenguaje natural, su relación con los “procesos mentales”, etc., independientemente de tal o cual autor. Así, pues, a diferencia de lo que sucede con muchos otros textos, el de Engel se caracteriza por un equilibrio permanente entre el acercamiento al tema de carácter histórico y el enfoque de carácter estrictamente temático. En muchas ocasiones, el autor se pronuncia sobre los problemas tratados y las dificultades con que uno se tropieza en esta difícil rama de la filosofía con ánimo de sugerir o aventurar una idea sencilla, pero siempre razonable y de alcance moderado, pero nunca trivial. El libro de Pascal Engel es, desde luego, un excelente guía para cursos y seminarios y una gran ayuda para estudiantes y profesores. Se trata, de hecho, de algo más que una mera introducción (como modestamente dice el subtítulo del libro) y difícilmente podría acusarse al autor de que exagera en cuanto a la formalización o el recurso a las citas. Se trata, además, de un texto que combina el análisis certero de ideas y concepciones con una prosa elegante, fusión de cualidades que hace que su lectura sea no sólo útil, sino también placentera. En relación con este libro debo decir que lamento tan sólo dos cosas: primero, no haber podido tener acceso al texto en francés y, por ende, no haber podido reseñar el texto original y, segundo, que no dispongamos ya en español de una traducción a la altura de tan valiosa “introducción a la filosofía de la lógica”.